

MARQUESA. ¡Sobrina!.. ¡Sobrina!.. ¡Mira que te oyen!

DUQUESA. ¡Y qué me importa ya! ¡No es tiempo de fingir: he vuelto en mí, cuando ya no hay remedio! ¡Mi alma se ha cansado de mentir y se presenta desnuda á los ojos del mundo! ¡Ay, tía! ¡Qué pequeños, qué miserables son todos esos ardidés de sociedad ante un amor grande y verdadero! ¡Ah! ¡Renuncio á esos fútiles triunfos, á esos placeres mentidos de la vanidad, á ese mundo que me ha engañado! ¡No hay en él de cierto más que el amor, y lo he sacrificado. ¡Yo debí consagrarle á un hombre mi vida, yo había nacido para hacerle feliz... y otra ha de ser quien lo logre! ¡La culpa es mía, sí, mía! ¡Y no me resta más que la soledad..., una eterna soledad, donde viviré sin más compañía que mi amor... Sí, quiero confesarlo públicamente..., mi amor, mi amor... ¡Yo amo á ese hombre... y él está ya casado!

MARQUESA. ¡Hola!.. ¡Pues ya no hay que temer!

VALENTIN. Es que...

GENERAL (Aparte.) ¡Calla! - Es verdad: he elegido una compañera, cuyo talento, cuyas virtudes han bastado á inspirarme el más violento amor! Y para colmo de felicidad, su alma, tan tierna, tan apasionada como la mía, participa de una pasión que nada podrá ya en el mundo disminuir ni apagar. (Echándose á los pies de la duquesa.) ¿No es cierto?

DUQUESA. ¡Ah! ¡Qué veo!

GENERAL. ¡Clara!.. ¡Aún puedo ser de usted!

DUQUESA (Echándose en sus brazos.) ¡Ah, Enrique!

GENERAL. ¿Eres mía?

DUQUESA. ¡Para siempre!

VALENTIN (A la marquesa.) ¿Lo ve usted? ¡Soy un gran médico!

ISABEL. ¿Pero y Angelita?

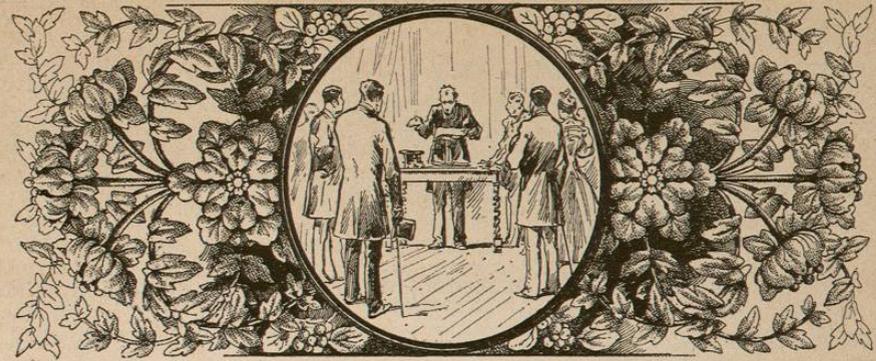
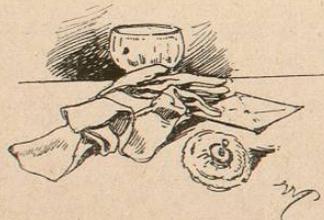
VALENTIN. Ahora salimos con que se casa, pero con su antiguo novio, con D. Fernando, que ha cantado la palinodia: este perillán hizo ese negocio durante mi ausencia y me ocultó su plan. (Aparte.) ¡Es lástima! ¡Yo me hubiera casado con esta mujer de buena gana!

MARQUESA. Aquí no hay nada que hacer. ¡Cómo ha de ser! Haremos que le den un título de marqués.

VALENTIN (Al general y á la duquesa.) Aunque ya no ejerzo la facultad, con todo, para los amigos siempre estoy pronto: conque, cuando llegue el caso...

GENERAL. ¡Valentín!

VALENTIN. Está entendido. ¡Todos quedamos contentos!.. ¿Todos? ¡Qué sé yo!.. Eso... (Saludando al público.) ahora lo sabremos.



BRUNO EL TEJEDOR

COMEDIA EN DOS ACTOS, ARREGLADA AL ESPAÑOL

PERSONAS

BRUNO. - ROQUE. - D. LUIS. - D. FRÓSPERO. - D. TOMÁS. - INÉS. - UN ESCRIBANO.
ACOMPAÑAMIENTO

(La escena es en Alcalá)

ACTO PRIMERO

El teatro representa una sala; en el fondo una gran puerta vidriera que da al gabinete.
Puertas y ventanas á uno y otro lado

ESCENA PRIMERA

D. PRÓSPERO y D. TOMÁS. D. Próspero está sentado delante de una ventana y mirando por ella; D. Tomás está del mismo modo en la parte opuesta. Ambos tienen puesto el sombrero, y hablan cada uno para sí.

PRÓSPERO. ¡Qué buena huerta!.. ¡Cuánta fruta!.. ¡Cuánta hortaliza!.. ¡Sí, señor: gran bocado es este!

TOMÁS. ¡Vaya una fábrica!.. ¡Qué máquinas!.. ¡Qué magníficos telares!..

PRÓSPERO. ¡No he visto finca más hermosa!

TOMÁS. ¡Es una herencia que ya, ya!

PRÓSPERO. Veremos qué dice el testamento. Yo tengo mis esperanzas de que el difunto no se ha de haber olvidado de mí.

TOMÁS. El bueno de D. Bernardo no tenía mujer ni hijos..., y algo me habrá dejado, como pariente.

PRÓSPERO. (Levantándose y reparando en D. Tomás.) Beso á usted la mano.

TOMÁS. Beso á usted la suya.

PRÓSPERO. (Aparte.) ¡Si será otro pariente!

TOMÁS. (Aparte.) Si vendrá éste también, como yo, á ver si le toca algo!

PRÓSPERO. Aunque usted perdone, se me figura que hemos venido juntos en la diligencia de Madrid.

TOMÁS. Efectivamente; yo he venido en la berlina...

PRÓSPERO. Y yo en la rotonda.

TOMÁS. ¡Ya!

PRÓSPERO. ¿Acaso viene usted también á presenciar la lectura del testamento de D. Bernardo García.

TOMÁS. Justamente.

PRÓSPERO. (Aparte.) ¡Lo dije!

TOMÁS. (Aparte.) ¡Hola!.. ¡Este es otro heredero presunto!

PRÓSPERO. ¿Es usted pariente también?

TOMÁS. Sí, señor, pero algo lejano... Yo he venido sólo por la formalidad..., no porque espere...

PRÓSPERO. Ya me hago cargo. ¿Pero usted es García?

TOMÁS. Sí, señor. Tomás García, profesor de cirugía médica, y servidor de usted.

PRÓSPERO. Gracias. Ya le he oído hablar al primo Bernardo... Usted viene de la rama materna... Esos son otros Garcías... Yo vengo de los varones... Próspero García, para servir á Dios y á usted.

TOMÁS. Por muchos años.

PRÓSPERO. Yo me dedico á diversos géneros de especulaciones y de inventos útiles... Mi difunto primo me ha ayudado algunas veces con cantidades... ¿Pero cómo usted, siendo médico, no ha venido á asistir al primo en su enfermedad?

TOMÁS. Ese es el peor medio que hubiera podido elegir para recomendarme á él. ¿Médicos, eh?.. No los podía ver. Ya conocía usted su carácter extravagante: estoy seguro de que no ha permitido que le asista ningún facultativo. Pero usted, que no tenía esa tacha, ¿cómo es que no ha venido á acompañarle en sus últimos momentos?

PRÓSPERO. Porque es probable que tampoco me hubiera recibido. Lo mismo era nombrarle un pariente, que ponerle una banderilla. ¡Era hombre muy raro! Las pocas veces que vine á verle apenas me habló. «¿Le hace á usted falta algo? Que se lo den, y vaya usted con Dios.» Esto es lo que más que me hablaba; y al marcharme le oía decir entre dientes: «¿Parientes, eh?.. ¡Ya, ya!»

TOMÁS. Pues amigo, usted pariente, y yo pariente y médico..., poco podemos esperar: me parece que hemos hecho el viaje en balde.

PRÓSPERO. No tal: ¡quién sabe! Porque en medio de esas extravagancias no dejaba de socorrer, y... además, los parientes no somos muy numerosos. Fuera de nosotros dos, hay... primeramente su sobrino D. Luis..., un jovencuelo elegante, gastador, mala cabeza y que no era muy de su devoción...

TOMÁS. Ya; pero siempre es sobrino..., parentesco más cercano...

PRÓSPERO. Sí, algo puede que le haya dejado; pero tengo para mí que no será mucho.

TOMÁS. ¡Hola! ¿Cree usted que no?

PRÓSPERO. El pariente más temible de todos es la Inesita..., su sobrina carnal..., hija de su hermano el brigadier..

TOMÁS. ¡Qué disparate! ¿Pues no sabe usted que últimamente riñeron los dos hermanos?

PRÓSPERO. ¿Qué me dice usted?

TOMÁS. Sí, señor. Como era tan raro y extravagante su hermano el brigadier, que está de cuartel en Alcalá, y vive á dos pasos de esta fábrica, apenas venía á verlo..., porque el tal brigadier es también por el estilo; tieso y duro como el demonio. Ya un día, á ruegos de su hija, se resolvió á visitarlo, y el recibimiento que D. Bernardo le hizo fué decirle cuando le vió entrar: «Todavía no me muero.» Amigo..., pícase el brigadier, y hubo allí la de San Quintín... Por poco se matan. De manera que no se han vuelto á ver.

PRÓSPERO. ¡Soberbio! Pues los otros que han venido..., D. Cirilo y D. Jaime el agente, que me emplumen si sacan raja.

TOMÁS. ¡Bueno, bueno!.. (Saca el reloj.) Aún falta media hora para que salgamos de dudas.

PRÓSPERO. ¡Quiera Dios que el escribano sea puntual! Pero diga usted, mientras llegan, ¿no podríamos entretener el rato con una copita?.. El traqueteo de la diligencia abre un apetito...

TOMÁS. Yo no tomé más que el chocolate, y no me vendría mal.

PRÓSPERO. ¿Opina usted que pidamos un poco de Jerez? El difunto lo tenía excelente en la bodega... (Mirando por la ventana.) Precisamente veo allí á Bruno. — ¡Hola, Bruno!.. Buenos días. — Muy bien, ¿y usted? — Me alegro mucho. — Diga usted, amigo Bruno, ¿podría usted hacernos el favor de mandarnos dar un poco de Jerez y unos bizcochillos? — Bien, muchas gracias. — Ya lo va á traer.

TOMÁS. ¿Quién es ese Bruno?

PRÓSPERO. ¡Oh!.. ¡Bruno era los pies y las manos del difunto. ¡Muy hombre de bien. Entró de aprendiz en la fábrica, y con su inteligencia y su trabajo llegó á ponerse á la cabeza de todos. Luego tiene un carácter... así... como el que tenía su amo... Por eso congeniaron tanto, que él tenía las llaves de todo, y... en fin, era el amo. ¡Calle usted! ¡Pues Bruno es el único que puede haber olido algo del testamento!.. A ver si le sonsacamos... Aquí viene.

ESCENA II

DICHOS y BRUNO; éste saca una bandeja con copas, botella y bizcochos, y la pone sobre la mesa

BRUNO. Dios guarde á ustedes. Ahí está eso.

PRÓSPERO. Gracias, amigo Bruno.

TOMÁS. Gracias. (Ambos se ponen á tomar vino y bizcochos.)

BRUNO. (Aparte.) ¡Gorrones!.. ¡Aquí se meten ya como en país conquistado!

PRÓSPERO. Conque, Sr. Bruno, ¿hoy se muda de amo?

BRUNO. ¡Sigún y conforme!.. Yo... á D. Bernardo, que esté en gloria, le servía..., pero no por el interés ni ninguna cosa..., eso ya lo saben toos, y naide podrá decir sino que yo le servía... porque... ¡aquél era un amo!.. ¡Por qué se había de haber muerto!.. ¡Voto va San Pedro!.. En fin, yo le he dado mi trabajo y mi sudor... y daría mi sangre por resucitarlo. Ahora veremos á quién va á parar la fábrica; y sigún quien sea..., me quedará si me quiere... ó daré media vuelta y me pondrá en el arroyo. Pero mientras tanto, y por servirle hasta lo último, aquí me he quedao al cuidao de la fábrica..., para que no se vuelva esto merienda de negros... y para hacer la entrega.

PRÓSPERO. ¡Bravo, amigo Bruno!

TOMÁS. ¡Muy bien hecho!
 PRÓSPERO. ¡Razón tenía el primo en depositar en usted toda su confianza! Yo haría lo mismo.
 TOMÁS. ¡Y yo!
 PRÓSPERO. ¡Y cuidado si el buen Bruno necesitaba cabeza para manejar este tinglado!.. ¡Ya es un mundo la tal fábrica! Dígame usted..., dígame usted..., así... poco más ó menos..., ¿en cuánto la tasaría usted?..
 TOMÁS. ¿A ver?.. ¿En cuánto?..
 BRUNO. ¿La fábrica?..
 PRÓSPERO. Así... en globo...
 BRUNO. ¡Oh!.. ¡La fábrica vale mucho dinero!
 PRÓSPERO Y TOMÁS. ¿A ver?..
 BRUNO. Será cosa de... (Calculando.) ¡Ca!.. ¡Mucho más! Esta fábrica...
 PRÓSPERO Y TOMÁS. ¿Cuánto?..
 BRUNO. ¡Bien valdrá unos..., sí! Y puede que me quede corto..., pero... (Aparte.) ¡Si esperan que yo se lo diga, ya están frescos!
 PRÓSPERO. No nos da eso mucha luz..
 TOMÁS. ¡No ciertamente!..
 PRÓSPERO. Pero si por una chiripa viniese á mis manos, nadie más que el Sr. Bruno se pondría al frente de todo.
 BRUNO. Estimando la buena voluntad. Yo ya conozco este manejo..., y usted, sin agraviar á naide, lo echaría todo á rodar.
 TOMÁS. (Echándose otra copa.) A mí lo que me gusta es la huerta y...
 BRUNO. (Riendo) ¡Eh, eh, eh!.. Y la bodega, ¿eh?..
 TOMÁS. ¡Oh! ¡Este Jerez es muy estomacal!
 PRÓSPERO. Pues hablaremos, Sr. Bruno... Digo, siempre que...
 BRUNO. ¡Ya!.. Siempre que sea usted heredero.
 TOMÁS. La cosa no es imposible.
 PRÓSPERO. ¡Alguno ha de ser!
 BRUNO. ¡Ya se ve!
 PRÓSPERO. ¿Y usted no ha olido algo?
 TOMÁS. Siempre le consultaría á usted D. Bernardo...
 BRUNO. ¡El amo!.. ¡Sí, sí!.. ¡Bonito era él para consultar nada con naide! Además que yo nunca me he metido...
 PRÓSPERO. (Aparte.) ¡Este no nos dice nada!
 TOMÁS. (Sacando el reloj.) Un cuarto de hora falta.
 PRÓSPERO. ¿Le parece á usted que demos una vuelta por el jardín?
 BRUNO. Eso es... Allí verán ustedes á los demás parientes que están esperando también.
 PRÓSPERO. Hasta luego, Bruno.
 TOMÁS. Hasta luego.
 BRUNO. ¡Vayan ustedes con Dios!

ESCENA III

BRUNO. Luego ROQUE

BRUNO. ¡Lástima sería que la fábrica fuese á parar á esos dos hambrones! ¡Qué sobones y qué curiosos son! Pues los otros... ¡Vaya unos muebles!..

ROQUE. (Sale cantando.)

Santo Cristo de la luz...
 Señor de cielos y tierra ..

¡Hola, Bruno!

BRUNO. Qué contento vienes, Roque...

ROQUE. ¿Porque vengo cantando? ¡Y qué se ha de hacer! Yo canto siempre, aunque esté echando los hígados. Al grano. Los compañeros me han encargado el encargo de que venga por ti.

BRUNO. ¡Que vengas por mí! ¿Para qué?

ROQUE. Ya sabes lo que dice la doctrina; que el Señor descansó el domingo.

BRUNO. ¿Y qué más?

ROQUE. Nada más; que hoy es domingo, y nosotros, para descansar, nos hemos gobernado un cochifrito y otras menudencias, y nos lo vamos á comer junto al río, allá á la Tabla Pintora; y hemos echado la cuenta, y faltabas tú, y queremos que vengas, y yo dije, digo, pues yo iré por él.

BRUNO. Lo agradezco, Roque; pero no puedo ir con vosotros.

ROQUE. ¡Vaya!.. ¡No andemos en riquilorios, Bruno! Todo el día solo, dando vueltas por la fábrica con los ojos tiesos. ¡Mira que te pego un garrotazo para avisarte! ¿Te quieres tú también morir como el amo, para darnos otra pesadumbre? ¡Anda! ¡Voto va sanes! ¡Y vente con los amigos! ¡Verás qué cochifrito llevamos, y qué pellejo de moscatel! ¡Anda, Bruno!

BRUNO. Te digo que este domingo no voy; el domingo que viene será otra cosa.

ROQUE. ¡Anda, vente!

BRUNO. ¡Dale! Cuando yo digo que no voy, no voy.

ROQUE. ¿Pero por qué no has de venir?

BRUNO. Dime: ¿te acuerdas del día en que se murió el amo? ¿No os echasteis todos á llorar como unas criaturas?

ROQUE. ¡Ya lo creo! Porque aquél...

BRUNO. ¡Porque aquél era un amo de lo que no se encuentra! Pues bueno, yo también lloré; pero á mí me dejó encargado de todo, y como soy corresponsable de la fábrica hasta que se la entregue al heredero, mientras dure, no quiero perderla de vista. ¡Hoy se va á leer el testamento, y en haciendo yo mi entrega, corriente y moliente! ¡Ahí ha venido una piara de parientes hambrones á ver lo que pescan! ¡Así que los despache, listo! Ya tenéis á Bruno, como siempre, el primero á comer y á beber con sus compañeros.

ROQUE. (Alargándole la mano.) Toca: no hay más que hablar. Pero dime una cosa: ¿y si despachas el negocio temprano, contamos contigo?

BRUNO. Si despacho temprano, ya será otro cantar.

ROQUE. Bueno. Pues hasta las dos esperamos: ¿te acomoda?

BRUNO. Bien: si á las dos he despachado y he dado mis cuentas, andando con vosotros.

ROQUE. ¿Y adónde están esos pegotes de parientes que dices?

BRUNO. En el jardín. (Mirando por la ventana.) Míralos, por ahí andan.

ROQUE. ¡Calla, y es verdad! ¡Mira, mira qué recua! ¡Voto va al diablo!.. ¿No es aquella?.. ¡Sí, ella es, ó tengo telarañas, doña Inés!..

BRUNO. (Mirando con interés.) ¡Qué me dices!.. ¡Y es verdad! ¡Doña Inés ha venido!.. ¡Mírala qué guapa! ¡Ay, Roque! ¡Si en vez de ser señorita... fuese así..., una muchacha de pueblo... y..., ya había caído Bruno; pero como es usía!..

ROQUE. ¡Y vaya! Cuánto palique trae con su primo D. Luisito, el sobrino de nuestro difunto amo. ¡Mialos, mialos cómo pelan la pava!

BRUNO. ¡Buen títere es el D. Luisito!.. ¡Pero lo que es doña Inés, no tiene el amo perdón de Dios si no le ha dejado un buen bocado, porque á más de que lo merece.., la pobre..., ya se ve..., con el padre tan viejo, y sin más que el sueldo, que no le pagan, ¡y eso que dicen que ha sido un militar de lo poco! ¡Y que tiene unas heridas!..

ROQUE. ¡Ya! ¡Como que estuvo en la guerra!

BRUNO. ¿Y te acuerdas, antes de reñir con el amo, cuando venía á la fábrica todas las noches, cómo nos contaba sus campañas? Y aquella vez que lo perniquebraron de un balazo; así anda el pobre con aquella muleta. ¡Vaya! No puede menos que el amo se haya acordado de él á la hora de la muerte, y le haya dejado un pedazo de pan.

ROQUE. Puede ser; para todos alcanza y sobra. Pues digo, ahora que caigo en ello; ¡Bruno! ¿Sabes que el amo debía también en conciencia haberte dejado algo á tí?

BRUNO. ¿A mí?.. ¡Borríco!

ROQUE. ¡A tí, á tí! ¡Pues si no hubiera sido por tí..., vaya .., cuántas veces se hubiera llevado el diablo la fábrica! El amo no estaba para nada, y tú lo hacías todo. ¡Y aquel día que se prendió fuego, si tú no te mueves seculórum! No queda ni cenizas. Bien te chamuscaste, y por poco no sales vivo.

BRUNO. ¡Toma! ¿Y qué había de hacer?

ROQUE. ¡Bueno! Por eso digo que aunque asomaras por un rincón del testamento, vamos al decir, que sería bien hecho. ¡Pues digo, si te dejara ahí, unos seis ú siete reales para mientras vivas, ¿eh?.. ¡No sería malejo! ¡Adiós trabajo!.. ¡Qué vida te darías, gandul!

BRUNO. ¡Anda, borrico, anda!.., que viene gente..., no digas más barbaridades.

ROQUE. ¿Viene gente?.. Pues me las guño...

BRUNO. No..., aguádate..., que nos vamos juntos.

ESCENA IV

DICHOS, DOÑA INÉS Y D. LUIS

LUIS. (Dándole el brazo). Aquí..., aquí puedes descansar, querida prima.

INÉS. (Soltando el brazo.) Gracias, primo. ¡Oh! ¡Es usted, Bruno!

BRUNO. (Saludando.) ¡Señorita!.. Siempre criado de usted..., y usted como siempre..., ¡tan buena y tan guapota!..

LUIS. ¡El buen Bruno!.. ¡El favorito del tío!..

BRUNO. Para servir á usted, D. Luis.

ROQUE. Y aunque sea descortesía, señorita..., ¿cómo está su señor padre de usted?

BRUNO. ¡Es verdad! Siempre fuerte, ¿eh?

INÉS. ¡Así, así!.. ¡El pobre, tan achacoso! Yo quería que me acompañase aquí..., pero no ha consentido; á la puerta me dejó... y se fué, saltándosele las lágrimas.

BRUNO. ¡Qué demonio de mundo! Ya se ve..., como ocurrió aquella desazón... Bien sabe Dios que no dejé de trabajar con el amo; ¡pero nada! ¡Con aquel genio! Y es lo único en que me ha dejado feo. Pero, Dios mediante, yo espero..., él era así, desabridote, Dios lo haya perdonado; pero buen corazón, y vamos, se me figura que á la hora de la muerte lo habrá enmendado...

LUIS. (Con curiosidad.) ¡Hola! Conque usted cree...

BRUNO. No, señor; pero... yo me entiendo y bailo solo, porque... Conque... (Despidiéndose.) con su permiso de usted, señorita, voy á la obligación. (A doña Inés, en confianza.) ¡Buen ánimo! Dios querrá...

INÉS. ¡Gracias, querido Bruno!

BRUNO. (Aparte, gozoso.) ¡Huy! ¡Su querido Bruno! ¡Bendita sea esa boca!

ROQUE. ¿Vienes ó no vienes?

BRUNO. Allá voy. Conque... hasta luego. (Aparte.) ¡Ay, si no fuera usía!.. (Se retira mirándola y tropieza con Roque.) ¡Anda, hombre!

ESCENA V

DOÑA INÉS Y D. LUIS

LUIS. (Aparte.) ¡La ha hablado al oído!.. Este sabe algo. ¿Qué es eso, prima? ¡Parece que te has quedado parada!

INÉS. No; pero he venido aquí de mal humor. La conversación que oía en el jardín me estaba repugnando..., por eso me marché. ¡Y esos se llaman parientes! Calculando ahí con la mayor frescura cuánto valdrá esto, cuánto valdrá aquello..., y si la huerta tiene noria..., y si..., ¡válgame Dios!.. Repartiéndose ya la herencia como lobos... ¡Jesús, qué gente!

LUIS. ¡Qué quieres, prima!.. La educación..., ¿no ves qué maneras tienen y qué fachas? Yo no he venido más que por ceremonia..., al fin soy pariente..., pero como no lo necesito... Si me tocara algo, confieso que me alegraría, por...

INÉS. ¡Yo por mi pobre padre!

LUIS. (Aparte.) Y yo por mis acreedores. — Pero tú, primita..., vamos, francamente..., algo sabes tú de...

INÉS. Yo, ni una palabra...

LUIS. (Aparte.) ¡Y se sonríe! Vaya, parte le toca. Bruno se lo ha dicho..., y esta es ocasión de armarme. — ¡Esta primita!.., queriéndola yo tanto..., ¡y se pasan años sin vernos!

INÉS. Cosa muy sencilla: tú vives en Madrid metido en el gran tono, y yo en Alcalá con mi padre.

LUIS. Pues es un horror que estés aquí enterrada.

INÉS. ¡Y qué quieres! No tenemos más que el sueldo de retirado, y con el sueldo no se vive en Madrid.

LUIS. Pues no hay consuelo para eso; tú debías brillar en la corte, y darías envidia á todas.

INÉS. ¡Vaya!.. Se te conoce el trato de Madrid. ¡Cada dia estás más galante!

LUIS. ¡Es que tú cada día estás más hermosa! (Aparte.) Digo, ¡y ahora con la herencia!..

INÉS. (Riendo.) ¡Vamos!.., no quieres, en estas horas que te alejas de la corte, perder la costumbre de decir flores...

LUIS. (Con sinceridad afectada). No; ¡no lo creas! No soy yo de los que prodigan requiebros. ¡Oh! Bien sé yo que la felicidad, la verdadera felicidad no consiste en coquetear con todas, sino en agradar á una sola. ¡Ay, prima! ¡Soy ya muy otro! Esa vida de calavera, esa sociedad..., ¡no tiene ya para mí los atractivos que tú te figuras!

INÉS. ¿Hablas de veras?

LUIS. Como lo estás oyendo. ¡Ay, prima! Yo busco un corazón que comprenda el

mío. En fin, estoy cansado de la vida de soltero; de esta vida monótona y disipada, y quiero casarme.

INÉS. ¡Casarte tú! (Aparte.) No hay duda; mi primito ha creído que soy la heredera.

— Pues, primo mío, ¡nada! Debes realizar ese feliz pensamiento, es muy moral, y muy...

LUIS. Sí; pero no es cosa tan fácil, porque yo quisiera encontrar una mujer..., una mujer así..., no de esas que hay, sino...

INÉS. ¡Ya!

LUIS. Sino una mujer hermosa, amable, de talento.

INÉS. ¡Ya!

LUIS. Sencilla, virtuosa.

INÉS. ¡Ya, ya!

LUIS. ¡En fin, una mujer como tú!

INÉS. (Aparte.) ¡No lo dije! — ¡Ay, primo! ¡Me haces demasiado elogio!

LUIS. ¡No tal!

INÉS. ¡Sí tal! Las prendas que tú buscas en mí, aún no sabes si las tengo; ni lo sabrás hasta que se lea el testamento.

LUIS. ¡Cómo, prima! ¿Puedes sospechar?..

INÉS. (Riendo.) Aguarda un ratito, y entonces me dirás requiebros con conocimiento de causa.

LUIS. ¡Estás en tí! (Aparte.) Pues no creo que va descaminada. — ¡Hola! Ya vienen aquí todos, llegó el momento crítico.

ESCENA VI

DICHOS, BRUNO, D. PRÓSPERO, D. TOMÁS, OTROS PARIENTES y EL ESCRIBANO

ESCRIBANO. ¡Me parece que en cuanto á puntualidad!..

PRÓSPERO. Sí, sí; es usted un modelo.

TOMÁS. Vamos, vamos á despachar.

ESCRIBANO. (Saludando á doña Inés y á D. Luis.) Señorita y caballero, soy de ustedes como debo.

BRUNO. (Aparte á doña Inés.) Señorita, que salga como yo deseo y como usted se merece.

LUIS. ¡Ea! ¿Qué esperamos?

PRÓSPERO. Nada; aquí estamos todos.

ESCRIBANO. Pues señores, por mí no haya demora.

BRUNO. Si ustedes quieren pasar al gabinete...

ESCRIBANO. Vamos allá. (D. Luis da la mano á doña Inés; todos entran en el gabinete de fondo y se sientan alrededor de una mesa. Bruno se queda en el proscenio.)

BRUNO. ¡Andar, andar á ver á quién le toca la breva! ¡Qué caras tienen!.. Y D. Próspero, con tanta boca abierta, parece que se quiere tragar al Escribano con testamento y todo. Bien le decía yo al amo: ¿por qué diablos no se casa usted? Ahora tendría un hijo á quien dejarle todo esto, y no vendrían esos zánganos...

ESCRIBANO. Empiezo, señores, con licencia de ustedes. — (Lee.) «En nombre del Padre, del Hijo, etc. Yo D. Bernardo García, natural, etc.: hallándome en mi cabal juicio, declaro que por el presente instituyo y nombro heredero universal de todos mis bienes al dependiente mayor de mi fábrica Bruno José Fernández.»

TODOS. ¡A Bruno!..

BRUNO. ¡A Bruno..., á mí..., á Bruno!.. (Bruno está como alelado. Los parientes se levantan y rodean al Escribano con mucha algarabía; éste les enseña el testamento para que se cercioren.) Yo estoy durmiendo, y esto es una pesadilla. (Se pellizca.) A ver si despierto... Es esto verdad... A mí la fábrica.. ¡y todo lo del amo!..

LUIS. (Viniendo á la sala y dando la mano á Bruno.) ¡D. Bruno!..

BRUNO. (Aparte.) ¡Calla, ya soy don!

LUIS. Doy á usted la más cordial enhorabuena. Mi tío ha hecho un acto de justicia.

BRUNO. ¿Pero es de veras?..

LUIS. Sí, amigo mío; todo es de usted, y me alegro en el alma del chasco que se han llevado esos majaderos.

PRÓSPERO. (Viene al otro lado.) ¡Oh, Sr. D. Bruno!

BRUNO. (Aparte.) ¡Ea, ya soy señor don!..

PRÓSPERO. ¡Ese hombre debe estar en la gloria, aunque no sea más que por este rasgo de justicia!

BRUNO. ¿Conque no hay duda?

PRÓSPERO. El testamento está en toda regla; usted es dueño de todo.

BRUNO. ¡Vamos, yo estoy lelo!

LUIS. Usted debe fijar su residencia en Madrid, y allí yo le pondré á usted al corriente en cuatro días; le llevaré á las sociedades...

PRÓSPERO. Si usted pone casa, cuidado no le engañen; yo entiendo de eso, yo le dirigiré á usted...

BRUNO. Muchas gracias, señores, ya avisaré.

LUIS. Pues hasta la vista.

PRÓSPERO. Hasta la vista.

BRUNO. Vayan ustedes con Dios.

PRÓSPERO. (Dirigiéndose á los del gabinete.) Caballeros, ¿nos vamos? (Los parientes van saliendo y dando la enhorabuena á Bruno.)

BRUNO. ¡Vaya, y yo pensé que me iban á armar aquí un escándalo! Pues parecen muy guapos estos dos.. (Saludando á los que salen.) Vivan ustedes mil años; vayan ustedes con Dios...

TOMÁS. Amigo D. Bruno, ya usted sabe mi profesión; soy médico. Celebraré poderme emplear en servicio de usted.

BRUNO. Gracias, por la buena voluntad.

ESCRIBANO. Nada digo, ya sabe usted la escribanía; si ocurre otra cosa así...

BRUNO. Estimando, D. Geromo... ¡Es mucha cosa esta! Conque vamos al decir, yo estoy en mi casa, ¡todo esto es mío! (Dando con las manos en las paredes y en los muebles.) Esto es mío... (Sentándose en todos los sillones.) Estas sillas son mías..., mías... ¡Aquí no manda nadie más que yo! ¡Yo solo!. (Viendo salir á doña Inés.) ¡Ay!.. (Conteniéndose.) ¡Doña Inés..., ya no me acordaba!..

ESCENA VII

DOÑA INÉS y BRUNO

INÉS. (Saliendo.) Ya ve usted, Bruno, cómo no ha salido su pronóstico. Pero mi tío ha hecho bien: á su celo de usted debía toda su riqueza, y ha querido pagarle.

Le doy á usted la enhorabuena. ¡Y bien sabe Dios que se la doy de corazón!

BRUNO. Señorita..

INÉS. ¡Adiós, Bruno; felicidades! Voy á buscar á mi padre, que me estará esperando. Adiós, Bruno.

BRUNO. Señorita, no se vaya usted tan presto; yo quisiera..., no sé cómo... pero...,

INÉS. ¿Qué quisiera usted, Bruno?

BRUNO. Qué se yo..., nada..., pero yo, vamos, lo dicho; yo aquí, donde usted me ve, señorita, estoy apesadumbrado; y, la verdad, no quisiera verla á usted marcharse. ¡Qué diablo! Yo no tengo la culpa de esto, señorita, y quisiera pedirla á usted perdón.

INÉS. ¿Pedirme perdón, Bruno, y de qué?

BRUNO. ¿De qué? Mire usted: cuando se lo oí leer al Escribano y vi salir á todos esos gandules, juro á Dios que me alegré, y me puse más contento que todas las cosas juntas. Pero en cuanto la he visto á usted, doña Inés, me ha dado una ira de verme alegre, que mire usted, me hubiera pegado de calamorrazos; sí, señora, porque veo que usted lo siente, señorita.

INÉS. ¡Yo! Se equivoca usted, Bruno.

BRUNO. No digo yo que sea por mí; pero apostemos algo bueno á que se ha acordado usted de su padre, que anda el pobre así, tan atrasado, y eso la ha hecho á usted llorar; sí, señora, á la vista está: usted ha llorado; pues qué, ¿soy yo ciego?

INÉS. (Enternecida.) No, Bruno.

BRUNO. (Con calor.) Pues usted no se ha de ir así: ¡no faltaba más, canario! La parte de la herencia que le corresponde, se la ha de llevar usted. ¿No eran hermanos? Pues la mitad...; la mitad es para usted.

INÉS. ¡Bruno!..

BRUNO. Yo no la quiero; digo que no la quiero.

INÉS. No hablemos de eso, Bruno; todo es de usted. Mi tío lo ha querido así, y nadie tiene derecho á oponerse á su voluntad.

BRUNO. ¿Cómo que oponerse? Pues yo me opongo. ¡Vaya! ¿Quién me ha de obligar á mí á tomarlo todo, si yo no quiero ni me da la gana? El testamento dirá lo que quiera, pero yo digo que eran hermanos, y en ley de Dios la mitad es de usted; y si yo me la guardo soy un ladrón. Vaya, ¿se la figura á usted que yo había de consentir en ser rico y verla á usted pobre? ¡Está usted fresca! Don Bernardo, que esté en gloria, cuando escribió eso no estaba en su cabal juicio; y yo que le regañaba en vida y enmendaba sus torpezas, también quiero enmendárselas después de muerto, y puede que allá en la otra vida me lo agradezca. ¡Vamos, doña Inés, tome usted su parte, no haga usted desesperar al pobre Bruno; tome usted su parte!

INÉS. (Conmovida.) Bruno, yo le he tenido á usted siempre por hombre de bien; pero no me figuré que abrigase usted un corazón tan grande y tan hermoso. Agradezco en el alma, amigo mío, ese rasgo de generosidad. La delicadeza me manda rehusar esa oferta; pero crea usted que su noble acción quedará aquí grabada toda mi vida.

BRUNO. ¿No quiere usted? Pero ¿por qué, por qué? Perdóneme usted si la he avergonzado, si la he faltado al respeto; yo no sé hablar, ni decir las cosas con finura. Yo soy un pobre Juan Lanás, señorita, y ya se ve, como soy así, usted tiene á menos el recibirlo de mí, y por eso me desprecia.

INÉS. ¡Yo despreciarlo á usted, Bruno! Por Dios, no me aflija usted más; lo que usted acaba de hacer le ennoblece á mis ojos; pero no se canse usted, lo que me propone es imposible.

BRUNO. ¡Imposible!

INÉS. Sí; en el mundo hay consideraciones que es indispensable guardar. Además, ya conoce usted á mi padre; su amor propio se ofendería y no habría poder en el mundo que le hiciese aceptar unos bienes que deben recordarle la ingratitud y el despego de su hermano.

BRUNO. Pero, ¡válgame Dios, señor, válgame Dios! ¿Y no hay camino de que usted se lleve lo que le corresponde, lo que es suyo? Pues yo no me quedo con ello; primero lo destrozo, primero lo pego fuego.

INÉS. No hay camino, Bruno; no se canse usted, no hay ninguno.

BRUNO. ¿No hay ninguno? (Aparte, mirándola.) ¡Vaya si hay! Yo bien sé que hay... pero, ¡cuando he de tener ánimos! ¡Y se van á ver en la miseria, pidiendo limosna!.. Allá voy; ¡maldita sea mi cortedad! — Señorita, yo soy un hombre de bien, y siempre voy por el camino derecho; conque no se enfade usted, pecho al agua. Señorita, usted está pobre, ¡cómo ha de ser!.. Usted está pobre y mereciera tener más millones que caben aquí; pero usted quiere mucho á su padre, ¿no es verdad?... Pues bueno; ¿quiere usted que le diga un medio para que el pobre viejo reciba sin decir palabra la parte que le toca? Pues ese medio es... (Deteniéndose con empacho.) ¡Vaya, aunque me maten no se lo digo!

INÉS. Diga usted, Bruno, yo no adivino..

BRUNO. Señorita..., yo tengo treinta años, soy hombre de bien, sé leer y escribir y punto redondo; pero lo que se pueda aprender yo lo aprenderé, haré lo que usted me mande, seré un esclavo de usted y de su padre; en fin, señorita, ¿quiere usted casarse con Bruno? — Ya se lo solté...; no se enfade usted, señorita, yo siempre por el camino derecho.

INÉS. Bruno, esa proposición hecha así..

BRUNO. Es un trabucazo, ya lo veo; y si no fuera porque urge poner remedio á lo que ha hecho el difunto, yo no hubiera dicho esta boca es mía; y eso que cada uno tiene su alma acá dentro y pasa lo que pasa. Pero tiene usted un padre viejo, y para que el pobre lo disfrute no hay otro camino. Conque usted dirá..., esto es, á menos que el remedio no sea peor que la enfermedad.

INÉS. ¡Qué dice usted, Bruno!

BRUNO. ¡Qué he de decir! Que la herencia no me ha de haber vuelto bonito; soy lo mismo que era, y así es, señorita, que yo no la pido á usted que me quiera..., eso no puede ser..., más adelante, ¡quién sabe!.. Si yo me doy maña puede que algún día llegue á merecer un poco de cariño; en fin, señorita, acordémonos del pobre viejo, y nada más.

INÉS. (Aparte.) ¡Ah, tiene razón! ¡Mi pobre padre!.

BRUNO. ¿No me responde usted nada? Ya se ve, le cuesta á usted trabajo resolverse á hacer este sacrificio; pero vamos, cómo ha de ser, anímese usted y consuélese pensando que el pobre Bruno, aquí donde usted lo ve, no ha soñado nunca otra felicidad más grande.

ESCENA VIII

DICHOS y ROQUE

ROQUE. (Sin ver á doña Inés.) Bruno, ¿se acabó ya ese negocio? Vamos á comer el cochifrito.

BRUNO. Aguarda, aguarda.

ROQUE. (Viéndola.) ¡Ah! Dios guarde á usted, doña Inés.

BRUNO. (A doña Inés.) Conque, señorita, aquí tiene usted á Bruno esperando su sentencia; ¿no me dice usted nada?

INÉS. ¡Ah, sí! Su generosidad de usted merece una respuesta.

BRUNO. ¿Y qué respuesta?.. ¿Qué respuesta?

INÉS. (Alargándole la mano.) Bruno, pídasela usted á mi padre.

BRUNO. ¡Ah! (Cae de rodillas besándole las manos.)

ESCENA IX

BRUNO y ROQUE

ROQUE. ¡Calla! Ya adivino lo que anda..., lo que yo dije... ¿Te ha dejado el difunto los siete reales diarios?

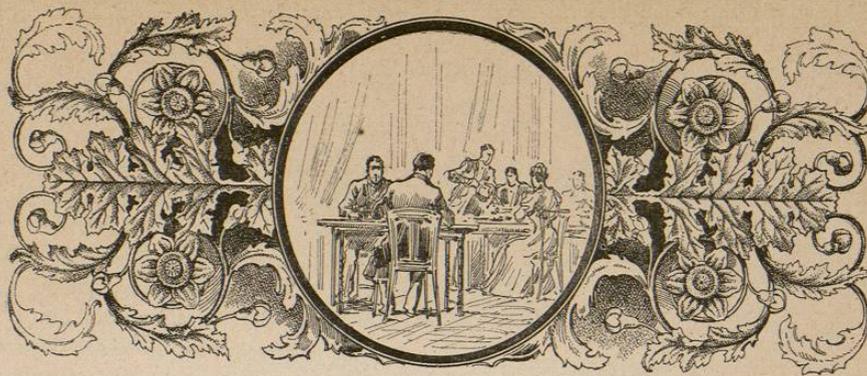
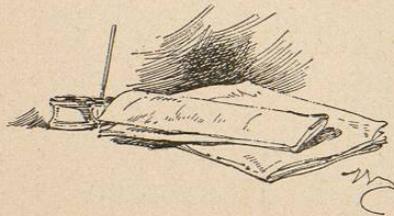
BRUNO. (Loco de gozo.) ¡Qué siete reales! Todo es mío, Roque; todo es nuestro, ya no soy pobre, ya no eres tu pobre, ya no es nadie pobre; soy heredero universal, y me ha dicho que la pida á su padre.

ROQUE. ¡Estás en tu juicio, Bruno! ¿Heredero universal?

BRUNO. Sí, Roque, sí; vamos á buscar á los compañeros, yo pago el cochifrito y el moscatel; todo, todo, y luego voy á pedírsela á su padre, ¿no es verdad? ¡Así ha dicho! ¿No la has oído tú? Sí, tú lo has oído, dime que lo has oído.

ROQUE. Sí tal, así lo ha dicho.

BRUNO. Sí, sí lo ha dicho; abrázame, Roque, abrázame. (Le abraza con extremos de alegría, y se va con él.)



ACTO SEGUNDO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

La escena es en Madrid. — El teatro representa una sala adornada con suma elegancia y lujo. — Puerta en el foro que da á la antesala: otra á la izquierda, que conduce á lo interior: balcones á la derecha. — Un velador con juego de café. — Sofá, sillones, etc.

ESCENA PRIMERA

D. PRÓSPERO y CRIADOS. Estos disponen, bajo la dirección de D. Próspero, el servicio para tomar café, colocan las sillas, etc.

PRÓSPERO. Eso es, ahí las sillas. Bien, que esté listo el café para cuando yo avise. Vayan ustedes á continuar sirviendo á la mesa. (Vanse los criados por la izquierda.) ¡Vaya, que no lo hago mal! No debe pesarle á D. Bruno haberme nombrado mayordomo. Y si yo no ando listo..., ya se ve, ¡se hizo esa boda en un abrir y cerrar de ojos! El padre no quería por temor de sacrificar á su hija; pero ella se empeñó, y á todos nos ha venido bien. El bueno de D. Bruno estaba loco por la niña..., yo tengo mis veinte reales diarios, casa, mesa, ropa limpia... ¡En fin, como el pez en el agua! Doña Inés, como tiene ese talento y esa gracia, en todo está. Vamos, parece que toda su vida ha sido rica y ha tenido casa. Pero lo que es D. Bruno... (Se ríe.) ¡Ah, ah, ah! ¡Qué cosas hace! En los seis meses que lleva de señor, todavía no ha podido desasnarse, á pesar de que su mujer no le deja pasar una. ¡Y qué había de suceder! Pasar de criado á amo... así, de repente..., el que no está hecho á bragas..., así es que á cada paso todos tienen que ponerse el pañuelo en la boca para que no los vea reír. ¡Ah, ah, ah! ¡Pobre D. Bruno! Calla, aquí viene... ¡Cómo se ha levantado de la mesa!

ESCENA II

D. PRÓSPERO, BRUNO, luego DOÑA INÉS. Bruno sale por la izquierda muy incomodado: está vestido de moda, y trae la servilleta al ojal.

BRUNO. (Sin ver á D. Próspero.) ¡Maldita sea la corte y el buen tono! (Tira con rabia la servilleta en una silla.)

PRÓSPERO. ¡Mal humor trae! ¿Qué será?